

The Standard Bearer

El Portaestandarte

The Standard Bearer (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimprimos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.
Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.
Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: www.rfpa.org
Página web de la PRC : www.prca.org

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

Oficina editorial

Prof. Barry Critters
4949 Ivanrest Ave SW
Wyoming, MI 49418
critters@prca.org

Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga
1894 Georgetown Center Dr
Jenison, MI 49428-7137
616-457-5970
dwight@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal
correo electrónico: jorge.carbajal.a@hotmail.com

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite www.rfpa.org para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a mail@rfpa.org.

Diciembre, 2024 • Volumen 101, Números 4

Contenido:

No hay Lugar (Lucas 2:7)

MEDITACION | Rev. MICHAEL DE VRIES | 2

Nahum (7) Buenas Nuevas de Paz (Nahum 1:15)

ESCU德里ÑAR LAS ESCRITURAS | Rev. RONALD HANKO | 5



REFORMED
FREE PUBLISHING
ASSOCIATION

El Portaestandarte • DICIEMBRE 2024 1



NO HAY LUGAR

REV. MICHAEL DE VRIES

Ministro emérito de las Iglesias Protestantes Reformadas y miembro de la SOUTHWEST PRC en Wyoming.

Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón. —Lucas 2:7

En un sentido muy real, este es el relato de un nacimiento que sólo los niños, los niños espirituales con una fe sencilla, pueden recibir. Muchos hombres y mujeres instruidos tropiezan con esta historia. Sí, los misterios del reino están ocultos a los sabios y prudentes y son revelados a los pequeños. Nuestros niños y jóvenes saben y entienden lo que sucedió en Belén aquella noche hace unos dos mil años. Saben y entienden que el bebé Jesús nació de la virgen María. Saben y entienden que Él es el verdadero Hijo de Dios. Saben y entienden que Él vino a salvar a su pueblo de sus pecados. Tal vez esta meditación podría leerse en familia. Ciertamente, debemos escuchar y creer juntos como niños pequeños, con una fe de un niño.

Seguramente algunos de nosotros hemos tenido la siguiente experiencia al viajar, quizás de vacaciones, al final de un largo día de ruta. Al pasar por un pequeño pueblo en el que esperamos encontrar alojamiento para pasar la noche, nos encontramos con que el único motel tiene un letrero de neón encendido: *No hay habitaciones*. Nos resulta frustrante, incluso preocupante, que no haya habitaciones disponibles para pasar la noche.

Eso fue lo que encontraron José y María cuando se detuvieron en la posada de Belén al concluir su arduo viaje desde Galilea: ¡no había habitaciones disponibles! Todas las habitaciones estaban ocupadas. Nadie tenía alojamiento disponible para José y María.

Ahora bien, desde cierto punto de vista, eso no era tan extraño. Había muchos judíos que afirmaban ser descendientes de David y que habían viajado a Belén, la ciudad de David, para registrarse en el censo, según lo había decretado César Augusto. Después de todo, Belén no era una ciudad grande y la posada en sí probablemente era bastante pequeña.

Pero, por otro lado, ¿acaso la gente de Belén se había vuelto tan fría y desconsiderada que no había lugar para esta joven que estaba a punto de dar a luz? Para la Posada y para muchos otros debió ser obvio que esta pareja había viajado una gran distancia y que estaban muy cansados y necesitaban desesperadamente alojamiento. Después de todo, los judíos eran conocidos por su hospitalidad. Sabían que mostrar amabilidad con los extranjeros era una regla importante de sus leyes.

Hoy en día no sería así, ¿verdad? Hoy parece que casi todo el mundo está preocupado por hacer que la temporada navideña sea un momento feliz también para los pobres y los desamparados. Muchas personas y organizaciones están involucradas en el esfuerzo de asegurarse de que nadie se quede afuera en el frío durante el tiempo de Adviento.

Hoy pareciera que muchas personas tienen lugar para un cierto Jesús. Después de todo, casi todo el mundo celebra la Navidad de una forma u otra. La mayoría de la gente se deja llevar por la idea sentimental de un dulce bebé en un pesebre. Muchos seguirían al buen

hombre de Galilea que intenta hacer de este mundo un lugar mejor en el que vivir, alimentando a los hambrientos y sanando a los enfermos. Algunos incluso lo seguirían hasta la cruz, centrándose en su ejemplo de que, al igual que Él, también nosotros debemos estar dispuestos a hacer sacrificios por nuestros semejantes. El mundo entero adoraría a un Jesús que sólo hable de amor, paz y hermandad. Hay mucho lugar para este tipo de Jesús. ¡La posada de este mundo lo acogería!

Pero no nos dejemos engañar. Ese Jesús es un producto de sus vanas imaginaciones. Es tan falso, y en muchos aspectos bastante similar a su legendario Papá Noel. En marcado contraste se encuentra el Jesús de las Escrituras. Él es el Cristo, el unigénito Hijo de Dios, concebido por el Espíritu Santo, nacido de la virgen María. ¡Todavía *no encontrará lugar* en todo el mundo! Cuando Él habla de pecado, justicia y juicio, el mundo entero aún lo rechaza. No tienen lugar para el Jesús de la Biblia que manda: “¡Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme!”. Todavía no hay lugar para el verdadero Jesús que vino a derramar su preciosa sangre en la cruz para expiar los pecados de su pueblo, aquellos que le fueron dados por el Padre. ¡Todavía no hay lugar para el Jesús cuyo reino no es de este mundo!

Desde esta perspectiva, podemos entender bien que “no había lugar para ellos en el mesón”. El establo con su pesebre es el único lugar para Cristo: “Y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre...”. ¡No hay otro lugar que sirva! Aquí es donde realmente encaja el Señor Jesús—en un pesebre, un simple comedero, envuelto en pañales, solo tiras de tela áspera que usan los muy pobres, en un establo maloliente. ¡Éste es el lugar para Cristo!

El establo era una imagen de la pobreza en la que entró Jesús. Jesús nació en la más absoluta pobreza—muy pobre, extremadamente pobre. Él vino a este mundo en las circunstancias más humildes. ¡No podría haber sido peor!

Pero así fue, en la providencia de nuestro Dios, que esto señalara la pobreza de nuestra naturaleza humana en la que Él entró. ¡Recordemos que Él es el mismo Hijo de Dios! Como tal, Él es co-igual con el Padre y con el Espíritu Santo. Él comparte toda la gloria y las infinitas perfecciones de la eternidad divina. Él es, como Dios, el Creador y Sustentador del universo. ¡Él es Señor sobre todo, el Señor de la gloria!

Sin embargo, en la plenitud de los tiempos, Jesús vino a recostarse en un pesebre, en un establo maloliente, ¡como un bebé indefenso! Su gran gloria e infinita majestad se esconden detrás de la naturaleza débil e indefensa de un infante. Y todo esto apunta a la absoluta humildad en la que Jesús entró cuando nació de la virgen María.

¡Su terrible pobreza es un signo de nuestra pobreza! Este bebé indefenso que yacía en un pesebre habla poderosamente del hecho de que esta era la manera en que Él tenía que venir para salvar a su pueblo. Esta terrible pobreza era lo que era necesario. Y fue necesario porque el pueblo al que Él había venido a salvar estaba hundido tan profundamente en las profundidades cenagosas del pecado y de la muerte. El establo maloliente clama las terribles profundidades de la maldad y de la muerte en las que nos habíamos sumergido incluso desde la caída de nuestros primeros padres, Adán y Eva. El nacimiento del Señor de la gloria tenía que ser de esta manera. ¡Él tenía que descender tan bajo porque nuestra pobreza espiritual es tan profunda, tan terrible!

Así que no hay lugar para Cristo —no hay lugar en ninguna parte. Y desde el momento en que nació, hubo muchos que estaban dispuestos y ansiosos de matarlo. El rey Herodes lo intentó cuando Jesús era aún un bebé y eso lo obligó a huir a Egipto para salvar su vida. Cuando Jesús comenzó su ministerio público, los judíos impíos buscaron matarlo en cada paso del camino. Nunca hubo lugar para Jesús en toda su estancia terrenal entre nosotros. Jesús mismo les dijo: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; más el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (Mateo 8:20). Y finalmente, ellos lograron expulsarlo —lo clavaron en la cruz.

Sí, no hay lugar para Cristo en todo el mundo. No hay lugar para Él porque Él es el Hijo de Dios. Y todos los hombres por naturaleza odian a Dios y al Cristo de Dios. Esta es la horrible pobreza del pecado, ¡sí, la pobreza de *nuestro* pecado! ¡Nuestra pobreza era tan grande que, por naturaleza, nosotros también lo odiamos y lo echaríamos fuera! Y es impíamente hipócrita cuando las personas se jactan de que le habrían dado lugar a Jesús, o de que ciertamente le harían lugar en sus corazones y vidas para Él. ¡Qué orgullo tan necio — porque eso simplemente no puede hacerse! ¡Belén nos muestra que no tenemos lugar para Jesús en el mundo ni en nuestros corazones!

Nuestro bendito consuelo es que, aunque no hay lugar para Cristo en ninguna parte porque no queremos ni podemos darle un lugar, Él, no obstante, hace su propio lugar. Jesús se hace un lugar para Él mismo. Por el poder de su Espíritu y de su gracia, Él viene y abre camino en los corazones de su pueblo.

¡Éstas son las buenas nuevas de la Navidad! En el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo. Según el profeta de la antigüedad, Él sería despreciado y rechazado por los hombres. Nunca hubo lugar para Cristo, ni en todo el mundo. Y finalmente fue echado fuera entre gritos y maldiciones: “¡Fuera con él; crucifíqueno!” Y lo clavaron en el maldito madero de la cruz. De esa profunda manera, nuestro Señor Jesucristo derramó su sangre en perfecta obediencia al Padre. De esa profunda manera, él llevó toda la carga del pecado y la culpa de su pueblo. Habiendo consumado la salvación, Cristo resucitó victoriosamente y ascendió a la diestra de su Padre para reinar en majestad.

Las ricas bendiciones de su salvación las aplica ahora irresistiblemente por su Espíritu en nuestros corazones y vidas. ¡Él mora con nosotros y permanece con nosotros para siempre! Finalmente, sobre la base de su sacrificio expiatorio, Él lleva a su amada esposa, la iglesia, a la gran gloria de los nuevos cielos y la nueva tierra.

El apóstol lo expresa de manera tan poderosa en 2 Corintios 8:9 “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos”. Seamos humillados al contemplar nuestra miserable pobreza en la que Él entró con su nacimiento. Seamos llenos de gratitud al ver que esa pobreza culminó en la cruz. Seamos consolados en el triunfo de su resurrección.

¡Gracias a Dios por no haber habido lugar para Jesús! ¡El evangelio de la Navidad se encuentra precisamente aquí! ¡Regocijémonos porque Él ha hecho lugar para que lo conozcamos, lo amemos y lo sirvamos!

¡Oh, venid y adorémosle, a Cristo el Señor!